

La percepción y la nada

en Molloy de Samuel Beckett

Giornada García Sojo

Analizar la obra de Samuel Beckett es un riesgo seductor. Sus personajes calan de maneras tan singulares como las imágenes que un espejo fragmentado devuelve a nuestro rostro, la impresión producida es tan ambigua como intensa: se accede a un mundo auténticamente paradójal que suspende las definiciones y enajena la relación del sujeto con el mundo.

Los personajes de Beckett han perdido interés en entender o explicar la realidad, han renunciado a ella, no se proponen nada, sin embargo viven, sin embargo se contemplan.

En *Esperando a Godot*, Vladimir y Estragon sólo esperan. Son dos especies de *clowns* que aparecen en un terreno vacío donde esperan a un tal Godot que nunca llega. No les interesa nada más que esperar, y esperar es vivir ¿o morir?, les es indiferente, pero definitivamente es ‘estar’ lo que implica un ‘percibir’, por eso Vladimir se hace preguntas: “¿Habré dormido mientras los otros sufrían? ¿Acaso duermo en este instante? Mañana, cuando crea despertar, ¿que diré acerca de este día? ¿Qué he esperado a Godot...?”¹, por eso Estragon gruñe a Vladimir: “¿Qué hay que reconocer? ¡He arrastrado mi perra vida por el fango! ¡Y quieres que distinga sus matices! ¡Mira esta basura! ¡Nunca he salido de ella!”²

Los personajes viven condenados a percibir al mundo y a percibirse en él, así también, están condenados a percibir y a buscar la nada siendo ésta una construcción,

pues la sola mención de la misma, la instituye, le da forma. El “absurdo” de la búsqueda de lo que se sabe imposible refleja el inasible proceso de la relación del yo con el mundo que, más allá de la soledad del hombre, de la ausencia de Dios o de los desastres bélicos, refiere al irrefrenable continuo de existencia, del cual podemos dudar, transformar, evadir pero nunca disipar. A este respecto, hasta la muerte es solo un matiz de este imparables fluir del Yo-en-el-mundo:

Un día, y de una vez por todas, algo se puso en marcha que, ni siquiera durante el sueño, puede ya dejar de ver o no ver, de sentir o no sentir, de sufrir o ser feliz, de pensar o descansar, en una palabra de “explicarse” con el mundo.³

El Yo se enfrenta desde que nace a un mundo que lo constituye como ser perceptivo en la perpetua relación sujeto-objeto que no es más que el desenvolvimiento del yo en el Mundo. Por ello, los personajes de Beckett no ven sustancias en la realidad, ven fenómenos insalvables que se repiten incesantemente. La anulación del yo es, entonces, la anulación del mundo, del fenómeno eterno de relaciones inherentes.

La nada absoluta que esperan los personajes de Beckett nos recuerda al budismo de Nagarjuna quien desarrollo, en el siglo II d.C., la concepción del vacío y aún la del vacío del vacío, que niega a la nada y propone a Sunyata o vacuidad que no es la nada porque ni es ni no es.

La nada es percepción, es afirmada por la negación, por la oposición. Dios es Nada, ser es no-ser (se constituyen en la antinomia) y lo existente es la percepción que obtenemos con nuestro cuerpo, con nuestro estar-en-el-mundo, en dos palabras, la certidumbre es el fenómeno.

Los personajes de Beckett toman una postura nihilista al descreerse y perderse en la negación, sin embargo, no pueden negar que viven puesto que perciben y esto los instituye, les da ser. Molloy piensa: “... a veces no solo me olvidaba de quién era, sino de qué era, me olvidaba de ser”⁴ sabe que llega a esa conclusión porque infaliblemente existe: “En mi cabeza hay diversas ventanas, *de eso si estoy seguro*, pero quizás se trata siempre de la misma, diversamente abierta sobre el procesional universo.” (p.64)

Ante la imposibilidad de escape, ya que el hombre no dejará de ser ni siquiera en la muerte, ante la evidencia de la vida como necesidad y fenómeno, el ser humano, al menos en Occidente, ha buscado replegarse en un conocimiento racional del mundo que le proporcione explicaciones y que

crea valores y sustentos para “vivir con sentido”. El nihilismo surge entonces como la necesidad de otro valor: el valor de lo que nada vale, el valor del dis-valor.

Cuando el individuo Occidental se desprovee del alimento que lo ha nutrido durante siglos: piénsese en la razón, el dar sentido, la moral, los primeros instantes de abstinencia se convierten en estados mórbidos de inanición pues necesita alimentarse; pasado el primer momento de urgencia, vuelve sobre sí y comienza el deseo de engullirse, de destruirse para sobrevivir.

El “auto-canibalismo” como podríamos llamar a la actitud del sujeto nihilista beckettiano conlleva a un desdoblamiento perceptivo contundente: el individuo considera su cuerpo, que es su punto de vista acerca del mundo, como objeto del mundo, trata su historia perceptiva como una consecuencia de sus relaciones con el mundo, su presente, que es su punto de vista del tiempo, se convierte en un momento del tiempo entre todos los demás, su duración en un reflejo abstracto del tiempo universal, todo ello, inmerso en el centro de la soledad que sucede al desmoronamiento de los valores que lo ha llevado a un reflexivo querer-no-ser-en-el-mundo y ser en el no-ser que es el anhelo nihilista.

El ser objeto de su percepción lleva a Molloy a cuestionarse al grado de la locura o ¿es la locura un escapismo de la incesante cadena del juzgar-se, del percibir-se? Molloy se pierde y se busca, percibe su incertidumbre como un recuerdo o un acontecimiento fortuito pero... no puede dejar de verse, no puede evadirse, no puede ser otro pues su cuerpo repite al mundo y el mundo lo repite, lo repite en Moran. Moran busca a Molloy y su cuerpo se percibe en las cadenas de este mundo condenado a Molloy, al movimiento, al percibir, añora la nada perceptiva, el vacío existencial que le lleve a la calma, Molloy anhela:

¡Hallarse por fin realmente en la imposibilidad de moverse! ¡Ahí es nada! Se me derrite de gusto el espíritu solo con pensarlo. ¡Y además una afasia completa! ¡Y quizás una sordera total! ¡Y a lo mejor una parálisis de la retina! ¡Y probablemente pérdida de la memoria! (p.182)

Un aniquilamiento del Yo-en-el-Mundo, un detener la percepción. Molloy y Moran, se buscan sabiendo que no importa porque son, ineludiblemente, sujeto y objeto de la misma percepción: su Ser.

Esta búsqueda es el paso del ser al no ser que, sin embargo, nunca deja de ser; de esta forma, el sujeto comprende su impotencia y establece una relación erótica con la nada, se ve seducido por la anulación de todas

las facultades perceptivas que lo encadenan a la realidad pero que, a su vez, la instauran.

Jean-Paul Sartre en su obra *El Ser y la Nada* analiza el hecho de que la Nada aparezca en el mundo humano. Sartre considera que la Nada aparece a partir de la negación: “el ser humano descansa en un principio en el seno del ser y luego se desprende de ello por un retroceso nadificador”.

Ahora bien, toda percepción se sustenta en las múltiples percepciones que la preceden para crear juicios que valoricen la experiencia, en otras palabras, lo que hemos vivido existe y seguirá existiendo perpetuamente y de esta manera todas nuestras impresiones de las cosas están llenas de percepciones anteriores que imposibilitan la “pureza” del fenómeno percibido.⁵

La búsqueda de esta “pureza”, la negación de “lo adquirido”, o, como lo llama Sartre la “nadificación” del ser, es lo que los personajes de Beckett aspiran como Nada, la eliminación de las barreras que la conciencia ha materializado partiendo de percepciones.

Esta pesquisa se sienta en la necesidad de certezas que llevó a la caída estrepitosa de los valores reconocidos por esa misma necesidad de verdades y sentidos, entiéndase la razón, la historia y la moral como dichos valores. Recordemos a Molloy y su obsesiva ordenación matemática para repartir quince piedras en cuatro bolsillos mientras lleva una en la boca, la insistencia en la exactitud y la infalibilidad del proceso lógico lo lleva a una destrucción del método por medio de la aplicación excesiva del mismo que deviene en una falsificación de la realidad asentada en la apariencia de verdad. La estructura aparentemente caótica de la narración de Molloy/Moran está signada por esa saturación del método, por ese proceso en el cual la razón intenta autodestruirse. Esta autodestrucción del método es la esencia de la postura nihilista, al respecto dirá Nietzsche: “...la creencia en las categorías de la razón es la causa del nihilismo” para luego afirmar que dichas categorías se refieren a un mundo fingido, a la nefasta “voluntad de verdad” en que se ha empeñado el mundo Occidental.⁶

Molloy no busca redimirse en la Nada, no busca salvación o sentidos para sus actos. Molloy y Moran solo aspiran no-Ser, sin ninguna premisa moral o estética que los justifique. Dios es, para Molloy, el final, un final, no la muerte, que es percibida en y por la vida, sino aquello innombrable, inconcebible que sería la nulidad de las negaciones mismas, volver al silencio absoluto de los objetos inamovibles, dejar de

una vez por todas de nombrar y dar forma a los objetos para desistir de la absurda tarea de negar-se.

La palabra como forjadora de la realidad y del entendimiento de la misma es el vehículo y el centro del nihilismo de Molloy. Molloy niega a los signos, sabe que son el medio por el cual la realidad percibida se construye, comprende la imposibilidad de salirse del engaño circular del verbo y aspira a la supresión total de la palabra por medio de la misma, para acceder, de esta forma, a la realidad otra que no se niega pues no se nombra:

...cuando todo empezaba ya a difuminarse, partículas y ondas, la condición del objeto era ya carecer de nombre, y a la inversa. Ahora digo esto, pero en el fondo, ¿qué puedo saber de aquella época ahora, cuando granizan sobre mí palabras glaciales de sentido y el mundo muere así, indignamente, pesadamente nombrado? Sé lo que saben las palabras y las cosas muertas, y todo ello forma una pequeña y bonita suma, con un comienzo, una mitad y un final, como en las frases bien construidas y en la larga sonata de cadáveres. (p.38)

Molloy intenta desarticular el lenguaje verbal escrito por medio de la escritura misma, negándolo en el acto, revelando la simulación inmanente al verbo, a lo que se dice, a lo que se percibe. Las últimas frases de la novela evidencian el juego de simulaciones que la palabra, en su función estética, reduplica: “Entonces entré en casa y escribí. Es medianoche. La lluvia azota en los cristales. No es medianoche. No llovía.” (p.228)

A través de la reflexividad de la escritura el personaje niega la simulación mostrándola, hace de ésta otro signo. Los signos, mediadores de la realidad, son puestos en evidencia y afirmados en su negación. Recordemos que el narrador (Molloy) *escribe*, tiene conciencia de su posición de narrador y aunque desdeña y niega esta posición es desde ella que accede a la negación de la misma.

Molloy comprende que, para llegar a una verdadera anulación, debe detener toda tarea distintiva, toda actividad que tienda a fijar en la mente los objetos, las ideas, los fenómenos. Cualquier distinción entre el yo y el Mundo se convertiría necesariamente en la afirmación de una personalidad, de una individualidad separada, y por lo tanto, sujeta a la carencia. Por ello, busca desarticular el lenguaje como eje constructor de realidad y eliminar la necesidad de crear sentidos que dividan la realidad en nociones diferenciadoras.

El juego de negaciones desplegado por Molloy se sostiene en la búsqueda de la percepción libre, de la ausencia de juicio tan avalada por los escépticos pero imposible en nuestro juego perceptivo de oposición y memoria. Beckett lleva a sus personajes a los límites de la simulación para deslastrarlos del dominio del sentido y conducirlos a un estatismo innombrable, un estatismo en que el ser no deba ya dejar de ser.

Notas:

¹ Samuel Beckett. *Esperando a Godot*, 1998; p.148.

² *Ibíd.* p.98.

³ Maurice Merlau-Ponty. *Fenomenología de la Percepción*, 2000; p 415

⁴ Samuel Beckett. *Molloy*, 1999; p.61. Todas las citas tomadas de esta novela corresponden a la misma edición; en adelante las páginas citadas aparecerán entre paréntesis.

⁵ Cfr, Maurice Merlau-Ponty. *Fenomenología de la Percepción*, 2000.

⁶ Friedrich Nietzsche. *Fragmentos Póstumos*, 1992; p.65.

Bibliografía:

Beckett, Samuel. *Esperando a Godot*. 2ª ed. Barcelona: TusQuets, 1998; 155 p.

Beckett, Samuel. *Molloy*. Barcelona: Lumen, 1999; 228 p.

Merlau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la Percepción*. 5ª ed. Barcelona: Ediciones Península, 2000; 468 p.

Nietzsche, Friedrich. *Fragmentos Póstumos*. Bogotá: Editorial Norma, 1992; pp. 9-73.

Sartre, Jean-Paul. *El Ser y la Nada*. Buenos Aires: Losada, 1966; pp. 82-108.

Sutra del Diamante. Madrid: Edaf, S.A., 1998; pp.56-91.